

Capítulo

1

Hace once días conocí a un hombre con el pelo canoso y brazos esculturales y fornidos. Robert Dade. Nos conocimos en Las Vegas y se ganó mi atención con una sonrisa. Conversamos, primero en la mesa de blackjack, después en un bar, y luego en su habitación de hotel.

Debería haber pensado en Dave cuando Robert se sentó a mi lado. Dave, el hombre con el que llevo saliendo seis años, el hombre que quiere que sea su esposa. Debería haber recordado los compromisos que tengo, antes de haberle ofrecido mi cuerpo a Robert aquella noche en Las Vegas. Pero Robert desató un animal que estaba encerrado dentro de mí, uno que le arañó la espalda y le mordió el cuello. No sabía qué tipo de bestia era. No entendía el caos que podría provocar.

Expuesta

Y, aun así, el caos ha sido delicioso. Como tomarte un helado tras haberte pasado la vida a dieta.

¿Cuántas veces he intentado decir adiós a Robert Dade? En Las Vegas, en su despacho de Santa Mónica, en la pantalla de mi ordenador... Y en todas esas ocasiones he acabado sin aliento y desnuda bajo las caricias de sus ojos y de sus manos. Lo único que tiene que hacer es decir mi nombre, Kasie... Eso es todo. Basta con eso para que me ponga a temblar. «Kasie», susurra, y yo me estremezco.

Robert me considera una mujer fuerte. Dice que quiere liberarme de los límites que yo misma me he impuesto. Dice que quiere pasear a mi lado por la playa, cenar conmigo y celebrar los pequeños placeres de la vida... juntos.

Dice que se preocupa por mí, no por la mujer que me gustaba mostrarle al mundo, sino por la mujer que se oculta detrás de esa fachada, la que se niega a que le ahoguen las expectativas de los demás.

Me contó todo eso en el yate.

En mi mente sigo estando en ese barco en ese preciso momento. Sí, es la realidad en la que

he elegido creer. Le tiendo la mano a Robert y me susurra palabras de consuelo. Me dice que podemos estar juntos sin hacer daño a nadie. Tan solo somos dos personas; no tenemos poderes para conjurar tormentas letales ni para poner el universo entero patas arriba. Tan solo somos dos personas que se están enamorando.

Me dice que podemos escaparnos, solo por una temporada, y que, cuando volvamos, todo estará como debería estar. Yo seguiré teniendo mi puesto en la consultoría internacional en la que llevo años escalando posiciones y mi trayectoria profesional seguirá estando asegurada. Él seguirá siendo el director general de Maned Wolf Security, el cliente más importante de mi empresa. Trabajaremos juntos, jugaremos juntos, estaremos juntos.

No tenemos por qué sentir el dolor que provocan el sentimiento de culpabilidad y las consecuencias de nuestros actos. Tan solo placer. Como si quisiera demostrármelo, se acerca a mí. Me acaricia la mejilla con la mano. Tiene las manos suaves y ásperas al mismo tiempo. Con ellas ha construido delicados trabajos de carpintería y potentes empresas. Me pasa las manos por el pelo y tira un poco de él.

Expuesta

«Kasie», susurra, y la jaula se abre.

Siento su boca sobre la mía, mientras desliza los dedos entre mis piernas y presiona levemente..., justo ahí, en el clítoris. Las prendas que me cubren resultan insignificantes y ridículas ante el calor que generamos. Me pregunto si será necesario que me quite la ropa o si se derretirá ella sola.

Pero Robert responde a esa pregunta quitándome la camisa para agarrarme de los pechos y pellizcarme los pezones, que están tan duros que parece que quisieran perforar el sujetador. Estamos en la cubierta de su barco, atracado en Marina del Rey. La gente puede vernos. Siento cómo sus ojos se desvían del océano a nuestro fuego. Observan cómo me desnuda, observan cómo me toca, y a mí me da lo mismo.

Porque estoy con Robert. Porque sé que, cuando estoy con él, estoy a salvo.

Me atrae hacia él y me lame con delicadeza la curva del cuello. Siento su erección contra mi vientre: siento cómo me humedezco anhelando que me penetre. La gente nos observa mientras le quito la camisa y muestro su cuerpo perfecto y duro; como si lo hubiera cincelado un hábil es-

cultor. La gente nos observa mientras me desabrocha el sujetador y lo tira a cubierta. Me reclino en una tumbona... ¿Había una en el barco?

Da igual. En la realidad que he elegido yo, la hamaca está ahí y puedo reclinarme en ella medio desnuda, invitándole a que me tome ante los ojos de quien pase por delante. Les dejo que nos contemplen. Les dejo que hagan fotos; a mí no me importa. Me da todo igual. Este es mi mundo. Yo elijo qué reglas se siguen y cuáles se destruyen. Cuando noto los dedos de Robert tratando de desabrocharme los botones de la cintura, sonrío tumbada en la hamaca; cuando noto que me quita los pantalones, sonrío; y cuando roza con los dedos mis braguitas empapadas, jadeo.

«Es una preciosidad», murmura un hombre que está en el otro extremo del embarcadero, pero le oigo perfectamente. Jamás ha visto a nadie como yo. Jamás ha visto a nadie consumido por semejante pasión y energía.

Contemplo a Robert quitándose el cinturón; sus ojos no se alejan en ningún momento de los míos. Permanece ajeno a nuestro público. Solo me ve a mí, a la mujer que desea, al animal que ha desatado.

Expuesta

Cuando se baja los pantalones, me quedo sin respiración. Él es la razón por la que los griegos decidieron que la figura humana merecía ser adorada. Su deseo es patente y me lanzo a por él, aunque al principio no se deja.

En lugar de acceder a que le toque, se arrodilla delante de mí, me quita las braguitas empapadas y me abre con la lengua.

Arqueo la espalda y grito. Me he derretido, estoy más que entregada. Se han acercado más mirones. Mujeres y hombres. Me tocan con sus ojos con la misma determinación con la que Robert Dade me toca con sus manos y su boca. Su lengua sigue jugando conmigo — al principio se mueve despacio, después más rápido —, mientras me introduce los dedos para hacer que la experiencia sea completa.

Ahora me toca a mí pasarle los dedos por el cabello y tirarle del pelo, mientras un deseo irresistible me recorre el cuerpo entero. Tengo las caderas en el aire; el orgasmo se acerca. Oigo los susurros de los espectadores, oigo los clics de las cámaras cuando estallo, incapaz de contenerme ni un instante más.

Entonces Robert se aparta y sonrío... Ahora la tumbona me parece más ancha y también más

sólida. Se tumba encima de mí, presiona su polla contra mi núcleo..., pero no me penetra; aún no.

Me mira a los ojos mientras le suplico en silencio, y el público contiene la respiración. Comparten mi anhelo, comparten mi necesidad. Entonces, con una potente embestida, me penetra y noto que dan su aprobación cuando mi cuerpo entero se balancea con la fuerza de él.

Muevo las caderas a nuestro ritmo, arañó su suave piel y palpo sus duros músculos, mientras él empuja, cada vez más dentro de mi cuerpo.

Me coloca la pierna sobre su hombro y llega aún más profundo. Sus ojos no se separan de los míos ni un instante. Siento su aliento, huelo su *aftershave* en mi piel.

Apenas puedo contenerme; la pasión es excesiva, pero me sujeta los brazos sobre la cabeza para impedir que me mueva, tal y como hace a veces para obligarme a que me limite a recibir placer, mientras el mundo nos observa.

Todas y cada una de las partes de mi cuerpo palpitan, mientras él lleva las riendas de este baile erótico.

«Robert», digo su nombre entre gemidos; es la única palabra que soy capaz de pronunciar,

Expuesta

la única palabra que se me ocurre en este momento.

Sonríe y acelera el ritmo. Es la gota que colma el vaso. De nuevo arqueo la espalda, sacudo la cabeza hacia los lados, mis pechos se alzan, mis pezones se rozan con su torso y vuelvo a gritar; esta vez su voz se une a la mía, pues nos corremos juntos, ahí, en la cubierta del barco.

La gente nos mira, pero no puede tocarnos. Somos demasiado fuertes para que sus miradas nos afecten. Ni siquiera les prestamos la más mínima atención, mientras tratamos de recuperar el aliento, abrazados, empapados en sudor.

La gente nos contempla y me ven a mí; ven a la mujer que ve Robert, ven al animal, a la fuerza, a la vulnerabilidad. Pero yo no les veo a ellos. Lo único que existe en este momento es el hombre que jadea tumbado sobre mí. Me mira a los ojos y sé que estamos a salvo.

«Me estoy enamorando de ti», dice.

Y sonrío.

* * *

Esa es la realidad en la que quiero creer, pero tumbada en la cama de Dave —que, sin haberme rozado siquiera, logra que me sienta violada—, me doy cuenta de que esa fantasía no tiene suficiente sustancia como para que pueda aferrarme a ella. Se aleja flotando hacia mi subconsciente, donde esperará a que me duerma para poder volver a cobrar vida en mis sueños.

Pero sé que tardaré en coger el sueño. Dave ronca a mi lado. Parece estar tan tranquilo, pero ¿cómo es posible? ¿Cómo puede estar tan tranquilo después de lo violento que ha sido nuestro encuentro?

Porque no elegí quedarme en el barco. Dejé a Robert plantado en cubierta. Me marché mientras él pronunciaba mi nombre.

Dave había averiguado la verdad. Robert no lo sabe, pero me fui porque recibí un mensaje de Dave. Estaba esperándome en el aparcamiento y estaba dispuesto a utilizar la información que había descubierto para humillarme en el trabajo, delante de mi familia... Amenazaba con convertir mis pesadillas en realidad.

Acudí a Dave para detenerle, sí. Pero no solo por eso; acudí a Dave porque se lo debía. Tenía

Expuesta

que compensar el daño que le había causado por elegir a Robert.

¿Lo había hecho? ¿Se había quedado satisfecho con su venganza? Puede que sí, puede que no. Dave diría que no se ha vengado; diría que estaba ayudándome.

Hace unos meses, en algún canal de noticias, escuché una entrevista a un terrorista. Tenía a varios rehenes, pero los llamaba «invitados». En ese momento, los rehenes asintieron con la cabeza y empezaron a cantar las alabanzas del secuestrador. Repetían que era un anfitrión perfecto y que disfrutaban de cada minuto que pasaban en esa reclusión forzada.

¿Habían arañado esas palabras la garganta de los cautivos?

No soy una rehén en Oriente Medio. Sé que Dave no tiene intenciones de matarme y que el futuro no me depara torturas físicas.

Pero sí que entiendo cómo se siente uno cuando le fuerzan a alabar a la persona que se propone hacerte sufrir. Conozco la humillación y la impotencia. La sentí esta misma tarde cuando hablé con mis padres por teléfono, antes de que cogieran el vuelo para volver a casa. Les di las

gracias por venir a la «maravillosa» fiesta sorpresa que Dave me había preparado. Miré el anillo de compromiso en mi dedo, ese rubí que una vez había codiciado, y les dije que estaba deseando que llegara el día en que me convirtiera en la señora de David Beasley.

Dave se quedó delante de mí durante toda la llamada para indicarme las frases que tenía que pronunciar.

Lo sentí también cuando escribí a mi amiga Simone para decirle que había elegido a Dave. Le mandé un mensaje porque no me veía capaz de decir la palabra «elegir» sin echarme a llorar. Lo cierto es que ya no tengo capacidad de elección. La perdí cuando bajé del barco, le entregué las llaves de mi coche a Dave y le dejé que me llevara a mi prisión. Él condujo y yo iba en el asiento del copiloto retorciendo mis temblorosas manos como una rehén. Como una mentirosa.

Mis padres no son los únicos que quieren a Dave. Dave es el ahijado de Dylan Freeland, uno de los fundadores de la empresa en la que trabajo. «Es como un hijo para mí», afirmó el señor Freeland en mi fiesta de compromiso. Fue un sutil recordatorio de que mi carrera profesio-

nal y mi vida amorosa no están tan separadas como me gustaría.

Además, Dave conoce los secretos de mi familia... Sabe que mi hermana perdió el control arriesgándose a bailar con la autodestrucción. Sabe que utilizó sus impulsos irresponsables con el mismo fin con el que Cleopatra usó el áspid y Julieta, la daga. Sabe que yo no quería ser como mi hermana.

Y sabe que he fallado.

Así que me llevó a su casa y estuvimos de pie en el salón sin intercambiar palabra durante diez minutos. Yo quería romper el silencio, pero era incapaz de transmitir la suficiente gravedad con un «Lo siento».

Permanecemos cada uno en un extremo de la habitación en ese mutismo opresivo. Procuré encontrar su mirada con la mía, pero tenía una expresión tan agresiva que tuve que agachar la cabeza. No es demasiado alto, pero en ese momento su ira le hacía parecer más alto, más amenazante.

Permanecía de pie delante de la chimenea, agarrándose a la repisa como si en cualquier momento fuera a arrancarla de la pared.

—Eres una puta.

— Cometí un error — respondí débilmente—. Creo..., creo que me asusté. No tenía claro lo del matrimonio...

Cogió entre las manos el caro jarrón de cristal Waterford que estaba sobre la repisa, lo contempló un momento y lo lanzó a la otra punta del salón. Se estrelló contra la pared que yo tenía detrás..., demasiado lejos como para pensar que me estaba apuntando a mí.

Pero aun así...

— Eres una puta.

— Dave, lo siento tanto...

— No quiero que te disculpes.

Dio un paso al frente. Tiene el pelo rubio y los ojos azul claro, pero esos colores suaves ahora están teñidos por una enemistad acérrima.

Yo le he hecho eso. Es por mi culpa.

— Si no quieres que me disculpe — comento con delicadeza —, ¿qué es lo que quieres?

— Quiero que lo admitas.

— ¿Que admita qué?

— Que eres una puta.

Da otro paso hacia mí.

La última vez que hice el amor con Robert fue en su casa. Después se quedó abrazado a mí y nos

Expuesta

reímos compartiendo detalles sin importancia de nuestras vidas. Me trató con afecto y cariño, logrando un equilibrio perfecto y fascinante con nuestro pasional deseo.

Me siento superculpable..., pero no me siento como una puta.

—Creo... —comencé en voz baja— que deberías darme las llaves de mi coche. Deberíamos hablar de esto cuando estés más tranquilo.

Mi parsimonia le elevó a otro nivel de furia. Me cogió de los brazos y me empotró contra la pared.

Cuando Robert me había empotrado contra la pared, había sido excitante..., pero eso se debía a un fervor más ardiente.

El odio es completamente diferente.

La agresividad de Dave me afectó de un modo que no hubiera predicho. Es como si me sacara de mi cuerpo. Ya no era la mujer que tenía empotrada contra la pared, sino un simple espectador que observaba la escena desde fuera. Veía a Dave y, cuanto más enrabiado se ponía, más débil me parecía. Le hice daño. Le traicioné. Lo hice mal.

Pero su reacción me hace plantearme si quizá tenía motivos para hacer lo que hice.

—Tienes que soltarme.

Dave dudó. Quería hacerme daño. Puede que también quisiera hacerse daño a sí mismo. Pero, a diferencia de mí, Dave es un experto de la autodisciplina.

Retrocedió varios pasos y desvió la mirada tratando de reunir la suficiente fuerza de voluntad. No puedo evitar admirarle por ello.

—Mis llaves —repetí.

Siguió mirando a la nada... o quizá estaba mirando al pasado. Quizá contemplaba los pasos en falso que nos habían conducido hasta aquí.

—Le dije a tu madre que podría haberle pasado a cualquiera —comentó.

Me quedé helada.

—¿Has hablado con mi madre?

—Hace años —aclaró—. Fuimos a visitarlos a su casa de Carmel para ver al concurso de automóviles de Pebble Beach. Tu padre, tú y yo... Fuimos todos menos tu madre, que se excusó diciendo que tenía migraña.

—Lo recuerdo.

—Después de una hora viendo automóviles, decidí dejaros solos a tu padre y a ti porque a mí nunca me han interesado demasiado los coches, y vo-

Expuesta

sotros dos no pasáis mucho tiempo a solas. Volví a la casa de vacaciones de tus padres y me encontré a tu madre sentada en el sofá color crema frente a una mesita repleta de fotografías. Estaba llorando.

—¿De qué eran las fotos?

—De tu hermana.

—Esas fotos no existen.

—¿Te ha dicho que las había eliminado junto con los recuerdos? ¿Y lo creíste?

No le contesté. Sabía que se habían deshecho de todo lo relativo a Melody: su ropa la habían donado a la beneficencia o tirado a la basura; sus animales disecados, a un contenedor; sus diarios, quemados junto a sus fotos... Les vi hacerlo. Me quedé mirando mientras encontraban mil y una formas de escupir sobre su recuerdo.

—Guardó algunas —comentó Dave con suavidad—. Si fueras capaz de dejar de mirarte el ombligo de vez en cuando, te hubieras dado cuenta de que tu madre no es tan insensible como para destruirlo todo.

Hay insultos que no se pueden olvidar. Este fue uno de ellos.

—Tu madre me dijo que estaba obsesionada —prosiguió—. Quería saber en qué había falla-

do y le respondí que bastaba con fijarse en ti para saber que cualesquiera que fueran los demonios que acabaron con Melody fueron fruto de su propia creación. Si hubiera sido culpa de tus padres, tú también habrías perdido el control.

No quería oír ni una palabra más.

—Tu madre me dijo que tu hermana era una puta. Yo le contesté que tú no te parecías en nada.

En ese momento se me escaparon varias lágrimas rebeldes, que rodaron por mis mejillas dejando marcas de maquillaje.

—¿Cómo va a vivir con esto, Kasie? — me preguntó.

Su voz se había ido suavizando a medida que sus palabras se hacían cada vez más ásperas. Me sentía como si me estuviera acariciando con alambre de espino.

—No es necesario que se entere —le rogué.

—Si rompemos, sí será necesario. Yo no soy como tú. Yo no creo que decir mentiras piadosas sea mejor que enfrentarse a la cruda realidad. Quizá tus padres no te fallen ahora como debieron de hacer cuando tu hermana y tú erais pequeñas. Puede que te ayuden, porque Dios sabe que nece-

Expuesta

sitas ayuda... Si no la recibes... Piensa en lo que le ocurrió a tu hermana, Kasie...

— Eso no es justo.

— Como mínimo, deberían saber que no pueden confiar en ti. Deberían saber que eres una mentirosa.

— ¡Te mentí a ti! — grité.

No quedaba rastro de mi calma... Recuerdos de Melody, del dolor en los ojos de mis padres, de la confusión que rodeó a su muerte...

Tumbada ahora al lado de Dave, cuesta recordar que se supone que la víctima es él y yo, la forajida.

— Te engañé a ti — le dije, no tan alto esta vez —. Eso no significa que vaya a mentir sobre otras cosas ni que no se pueda confiar en mí.

— Estoy seguro de que cuando, a los catorce años, pillaron a Melody por primera vez bebiendo chupitos de tequila, insistió en que podían confiar en que no caería en las drogas. La sabiduría popular asegura que el que te engaña una vez te volverá a engañar. Pues te diré algo: los que engañan a su pareja son unos mentirosos. Es una perversión. Un problema que lo va impregnando todo y que manchará todo lo que toques. Eres

una mentirosa, Kasie, y no se puede confiar en ti. Ni yo, ni nadie, porque ahora sabemos que cuando sirva para alcanzar tus objetivos..., cuando esté en juego tu placer, mentirás.

—Dave.

—Tus padres deberían saberlo —continuó—. Tu jefe, también. Y obviamente también el equipo que lideras en el trabajo. Deberían saber que has estado tirándote a un cliente. Deberían saber que te pusiste de rodillas para hacerle una mamada y conseguir así la cuenta. Al fin y al cabo, tus acciones les afectan. La cuenta también es suya. Deberían saber que, cuando se cansen de tus atenciones, y sin duda lo hará, se llevará la cuenta a otra empresa.

—Ay, Dios. Por favor, Dave...

—Y si tus padres, tu jefe, tus compañeros... Si todos deciden rechazarte, repudiarte como tus padres repudiaron a tu hermana, no deberías enfadarte, Kasie. Tienen derecho a protegerse. Tienen derecho a decidir pasar su tiempo con gente que tiene valores y una moralidad más respetable que la tuya.

—Dave, te lo suplico...

—¿Me lo suplicas? —pregunta.

Expuesta

Su mirada estaba clavada en la mía, pero era incapaz de interpretarla. No conocía al hombre que tenía delante; no conozco al que duerme ahora a mi lado.

Quizá tampoco me conozco a mí misma.

—¿Me estás suplicando a mí, Kasie? —volvió a preguntar—. ¿Quieres que te ayude?

No sabía qué decir. Me resultaba más fácil cuando se comportaba con agresividad. Prefería los golpes de su puño al navajazo de sus palabras.

—Quiero ayudarte —afirmó—. No tienes por qué ser Melody. Puedo ayudarte a que vuelvas a encontrar el camino. Si dejas que te ayude, nadie tendrá por qué saber lo que hiciste. ¿Es eso lo que quieres?

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar.

—Bien. Eso también es lo que quiero yo.

Se me acercó y me acarició el rostro con el dorso de la mano. Permanecí inmóvil. Me entraron náuseas.

—Quiero recuperar a la mujer de la que me enamoré. Sé que aún está ahí dentro. Tú también lo sabes, ¿verdad?

Volví a asentir, volví a llorar.

—Bien, me alegro, porque si vamos a recuperarla, lo primero es admitir el problema. Tienes que admitir en lo que te has convertido.

Apreté mis párpados cerrados. Pensé en Robert Dade. Pensé en su sonrisa, en sus cálidas manos y en sus dulces palabras.

—Necesito que lo digas, Kasie. Necesito saber que eres consciente de la gravedad de tu degradación. Necesito que admitas dónde estás para que podamos comenzar a traerte de vuelta donde yo..., donde todo el mundo necesita que estés.

—Dave —susurré. Su nombre me produjo escozor en la lengua—. Por favor, no...

—Dilo, Kasie. Dilo para que no me vea obligado a sacar todo esto a la luz. Dilo para que podamos volver donde estábamos.

Abrí los ojos. Quería volver a salir de mi cuerpo. Quería volver a ser un espectador.

Pero ahora estoy aquí metida y no encuentro una salida.

—Dilo.

Tenía una mirada fría y expectante a la vez.

Dolor, odio, rabia, impotencia... Recuerdos de los besos de Robert Dade, recuerdos de la ar-

Expuesta

monía... Todo eso se había esfumado. Por mi culpa. Ya había renunciado al poder, la libertad y la moralidad. Habiendo perdido todo eso, ¿cómo podía esperar conservar el orgullo?

—Dave... —La palabra se me volvió a atragantar—. Dave.... Soy una puta.

Y él sonrió, mientras yo me derrumbaba.